

dado sensación de totalidad, destacando la figura central por contrastes. En cambio, no hace más que copiar las noticias publicadas en los diarios de la época, acotándolas con recuerdos personales, de muy escaso interés, y con esa reticencia antipática de todo snob insuficiente que ha tratado con grandes personajes en épocas trascendentales. Todo lo cual está realizado en el libro con un estilo que merece el rencor de los lectores.

Anotemos un error grave, en la portada. La Montijo no puede ser denominada Emperatriz de los franceses; porque este título, ni era el suyo oficialmente, ni le fué asignado cariñosamente por sus súbditos. Por el contrario, la alianza matrimonial le deparó un Imperio en donde siempre se le hizo sentir su condición de extranjera y se miraron mal sus intromisiones políticas. Si fué la Emperatriz de Francia, no logró serlo de los franceses. Villa-Urrutia no lo ignora y deja constancia de ello en algunas páginas del libro; pero señala en la portada una posición psicológica falsa.

Muy sensible es que una obra de tan escaso valor histórico, crítico y literario haya sido consagrada a la memoria de un personaje a quien prestan tanto relieve la idiosincrasia romántica, la dualidad de patrias, la época en que actuara y la psicología de quienes le rodeaban. Lástima también que a la pluma del diplomático fino y culto asome aquello que llama Ortega y Gasset el mal de los españoles: la chabacanería. Lo decimos entre otras

cosas por la frase final del libro: *..sirva este ensayo de homenaje rendido, con respeto a la verdad, a la rica hembra española que fué Emperatriz de los franceses.—F. Ortúzar Vial.*

## HISTORIA

### EL TESTIMONIO DE JUAN PEÑA, por Alfonso Reyes.

En nuestra literatura americana no abunda el problema moral, la situación ética del hombre ante los sucesos, los seres y las cosas. Estamos todavía en la era del instinto y la descarga de ese instinto: aventura o pasión colma las páginas de nuestros libros literarios. Exponerlo no constituye reproche, pues esta forma de expresión es la que quizá conviene a nuestro estadio cultural, a esa cantidad de realismo no revelado que se agita en el subsuelo de nuestra vida americana. En este sentido los novelistas nos sirven más que esos historiadores de lo externo, tan frecuentes en nuestras tierras.

Pero hubo en México... Se reveló en México allá por el año 10 u 11, una generación que surgida en el ocaso de la larga dictadura porfirista, tuvo como tema de contemplación aquello que el materialismo de la tiranía no había considerado. Esa tiranía (como todas) quiso resolver el problema del pueblo apuntando al estómago y esperando supersticiosamente que el avance de una técnica transformadora (seis o siete mil kilómetros

de ferrocarril, grandes usinas eléctricas) detendría el grito de las conciencias. Mientras Porfirio Díaz hacía construir las últimas líneas de ferrocarril de la tupida red mexicana, una generación estudiaba a los filósofos en la Escuela Nacional Preparatoria; descubría, a pesar del pseudo positivismo científico con que los periódicos y el sistema de enseñanza mistificaban la opinión de entonces, una nueva jerarquía de valores morales y estéticos. Hombres de tanta influencia en la América española de hoy como Alfonso Reyes y José Vasconcelos pertenecen a ese grupo mexicano. Y aunque individualmente sean tan distintos: artista Reyes y apóstol Vasconcelos, contemplativo el primero, y hombre de acción el segundo, coinciden en el momento y la conjunción histórica. O a lo menos por opuestos caminos se encuentran en el método crítico y la postura ante lo nacional y lo americano.

Caracteriza a Alfonso Reyes una comprensión que sabe situarse en la frontera precisa de lo racional y lo afectivo; comprensión seguramente la más fina que posea cualquier ensayista de América en este momento. Una prosa que agrega al dibujo clásico el ornamento barroco: ha escrito en esa prosa admirables retratos, interpretaciones de tanto colorido como esa *Visión de Anahuac*, 50 o 60 páginas de perfecto estilo que pueden corresponder en nuestra prosa americana a las otras tantas de *San Julián el Hospitalario* en la prosa francesa. Una América fabulosa ya

hecha cultura, organizada en ritmo vital, resucita con el colorido de los códigos aztecas en la evocación de Alfonso Reyes. Mente curiosa, equilibrada inquietud, que reúne en la misma armonía creadora al ensayista, al poeta, al filólogo y al erudito. De los relatos de *El plano oblicuo*, tan cargados de vida interior, de arbitrariedad hecha poesía, de misterio romántico, se pasa en la obra de Reyes al comentario sabio—como en sus trabajos de erudición gongorina—o al condensado ensayo o la notícula plena de forma e intención, como en los cinco volúmenes de *Simpatías y Diferencias*. En todo—en la prosa de ficción como en la papeleta del filólogo—la armonía y gracia precisas, ese que en el siglo XVIII se llamaba «el buen gusto», pero sin el esquematismo antivital de aquella preceptiva. Seguirle por los meandros de una obra tan variada a pesar de sus 42 años es escogido deleite. Escritor que no aspira al gran público porque sabe el lenguaje atinado sin amaneramiento que requieren las minorías.

Ahora un nuevo ensayo, más de minorías que otros suyos, en que toca uno de esos problemas de meditación trascendente, que en nuestra literatura, tan tupida de hechos nimios, parecen excepcional hallazgo. Inquietud ética en el más alto sentido, que la fina sonrisa de su prosa sabe transformar también en motivo estético.

Es un pedazo de biografía; el encuentro por el escritor de una realidad que apunta a su conciencia, le remueve ideas adquiridas,

tiende a imponerle un nuevo derrotero moral, el que ha escrito Alfonso Reyes en *El testimonio de Juan Peña* (1). Viene la obra dedicada a «los dos o tres compañeros que estudiaban conmigo la *Ética de Espinosa*, en la azotea de cierta casa de México, allá por mil novecientos y tantos». Estos jóvenes que, a pesar de leer a Espinosa, tienen el orgullo de sus exquisiteces intelectuales y disfrutaban de un medio urbano tan próspero como el de la ciudad de México bajo el otoño de la dictadura porfirista, salen a la práctica de sus estudios de Leyes en los litigios de aguas o terrenos de los indios del interior. Van a conocer a los caciques que oprimen a los indios; y hasta el momento de partir de la ciudad, aquello casi se anuncia como folklórica y pintoresca excursión de intelectuales. Antes, un retrato moral de los mozos excursionistas:

¿Cómo explicarlo? Los muchachos de mi generación éramos—digamos—desdeñosos. No creíamos en la mayoría de las cosas en que creían nuestros mayores. Cierto que no teníamos ninguna simpatía por Bulnes y su libro. *El verdadero Juárez*. Cierto que no penetrábamos bien los esbozos de revaloración que ensayaba en su cátedra oficial don Carlos Pereyra, hasta donde se lo consentía aquella atmósfera de Pax Augusta. Pero comenzábamos a sospechar que se nos había educado en una impostura. A veces, abríamos la *Historia de Justo Sierra* y nos asombrábamos de leer, entre líneas, atisbos y sugerencias audaces—audacísimos para aquellos tiempos, y más en la

pluma de un ministro—. El positivismo mecánico de las enseñanzas escolares se había convertido en rutina pedagógica y perdía crédito a nuestros ojos. Nuevos aires nos llegaban de Europa. Sabíamos que la matemática vacilaba y que la física ya no se guardaba muy bien de la metafísica. Lamentábamos la paulatina decadencia de las humanidades en nuestros programas de estudio. Poníamos en duda la ciencia de los maestros demasiado brillantes y oratorios que habían educado a la inmediata generación anterior. Sorprendíamos los constantes flaqueos de la cultura en los escritores «modernistas» que nos habían precedido, y los academistas más viejos no podían ya contentarnos. Nietzsche nos aconsejaba la vida heroica, pero nos cerraba las fuentes de la caridad. ¡Y nuestros charlatanes habían abusado tanto del tópico de la redención del indio! Sabíamos que los tutores de nuestra política—acaso con la mejor intención—nos habían descastado un poco, temerosos de que el tacto de codos con el resto de la América española nos permitiera adivinar que nuestro pequeño mundo, de hecho aristocrático y monárquico, apenas se mantenía en un equilibrio inestable. O acaso temían que la absorción repentina de nuestro pasado—torvo de problemas provisionalmente eludidos—nos arrojara de golpe al camino a que pronto habíamos de llegar; el de la vida a sobresaltos, el de las conquistas por la improvisación y hasta la violencia, el de la discontinuidad en suma—única manera de vida que nos reservaba el porvenir, contra lo que hubieran querido nuestros profesores evolucionistas y spencerianos!

A dos pasos de la capital, nuestra vaga literatura, nuestro europeísmo decadente, daban de súbito con un pueblo de hombres morenos y descalzos. Las cumbres nevadas asean y lustran el aire. El campo se abre en derredor, con sus hileras

(1) Rio de Janciro. Oficinas Villas Boas, 1930.

de magüeyes como estrellas. Las colinas, pardas y verdes, prometen manantiales de agua que nunca pueden llegar al pueblo, porque el trabajo de cañerías perturba quién sabe qué sórdidos negocios de un alcalde tiránico. Las espaldas de los indios muestran, a veces, cicatrices. Y nuestra antigua Constitución—poema jacobino fraguado entre los relámpagos de la otra guerra civil y nutrido en la filosofía de los Derechos del Hombre—comienza así: «En la República todos nacen libres. Los esclavos que pisen el territorio nacional recobran, por ese solo hecho, su libertad.»

En las afueras de la capital empieza ya la vacilación de los mozos. Y su diletantismo metropolitano y las literaturas decadentes, que hasta entonces los nutrieran, no los preparaban para afrontar esta obstinada realidad. El México de las campiñas es muy diverso de la gran capital burocrática y moderna que enorgullece a Porfirio Díaz:

Nunca olvidaré las emociones con que recorrí aquella calle. Por todo el camino nos fueron saliendo al paso los indios, los indios en masa. Se arrancaban precipitadamente los sombreros de palma, y casi se arrojaban a nuestros pies, gritando:

—Nos pegan, jefecito; nos roban; nos quieren matar de hambre, jefecito. No tenemos ni dónde enterrar a nuestros muertos.

.....  
Con una agilidad de danzante, como si representara de memoria un papel, Juan Peña se arrodilló ante nosotros, se puso a llorar, a besuquearnos las manos, a contarnos mil abusos e infamias del mal hombre que había en el pueblo y a pedirnos protección a los blancos, como si fuéramos los verdaderos hijos del Sol.

Ese retorcido asombro de las cosas que uno no puede remediar; un choque en la conciencia—¡a ellos que se sentían tan nietzscheanos y seguros!—, una como subitánea revisión de sus antiguas normas vitales, una responsabilidad abrumadora surgida de pronto, parecen gravitar trágicamente sobre los paseantes. No fué tan divertido y simple el paseo de los hombres urbanos por la campiña. Ya retornan hacia la vecina estación del ferrocarril, en rurales caballos. Observan:

Con la noche que se avecina, el campo va echando del seno tentaciones inefables de combate y de asalto. Caemos sobre la estación como en asonada. ¿Quién que ha cabalgado la tierra mexicana no sintió la sed de pelear? Oscuros dioses combativos fraguan emboscadas de sombra, y tras de los bultos del monte parece que acechan todavía al hombre blanco las huestes errantes del joven Jicotencatl. ¡Hondo rumoreo del campo, latiente de pezuñas de potro, que se acompaña y puntúa tan bien con el reventar de los balazos!

Esto ocurría, como hemos dicho, en los últimos días de la dictadura porfiriana. Nada hacía sospechar la futura tormenta. Sólo en el espíritu de Alfonso Reyes y de los hombres de su generación se escribía ya la cifra zigzagueante de un nuevo destino.

¡Hermoso este breve libro que como todos los del maestro mexicano guarda en la disciplina gozosa de su estilo un denso contenido espiritual! Nuestras literaturas sofocadas de instinto informe, con las



lianas colgantes de la improvisación y el «dejar hacer», encuentran en escritores como Reyes el imperativo ético, la clara ordenación de la inteligencia.—*Mariano Picón-Salas.*

LA CENSURA POR DENTRO, por  
*Celedonio de la Iglesia.*

Durante 1930 gran parte de la actividad editorial española—libros, folletos, periódicos—se ha ocupado en ventilar los siete años de gobierno del general Primo de Rivera. A lo largo de esos años estuvo la vida española cercada, constreñida, taponada. Apenas si los españoles podían entonces comunicarse unos con otros. A veces una carta íntima entregada a la inviolabilidad postal constituía la primera foja de un proceso. Terminaron, pues, los siete años y todo lo que se hallaba contenido se desbordó. Difícilmente se encontrará en la historia un enjuiciamiento moral más intenso y acucioso que el originado por la Dictadura española.

A este proceso pertenece el libro del señor de la Iglesia, aunque tal resultado esté bien lejos de la admiración que hacia el general desaparecido testimonian algunas de sus páginas. Ya en el prólogo, que pertenece a Rafael Marquina, se hace constar la radical oposición existente entre todo régimen de censura y la salud espiritual y material de los pueblos. Y en el texto, el propio señor de la Iglesia, que fué Jefe del Gabinete de Información y de Censura de Prensa establecido por Primo de Rivera,

la execra también porque, según su personal experiencia, significa

falta de fiscalización, circunstancial e inevitable defensa de ilegítimos intereses, coacción y limitación a la libertad del pensador, estancamiento del progreso y mejora de la humanidad, conservación indefinida de autoridades de todos los órganos algunas veces injustas o inmorales, lesión de intereses económicos de empresas editoriales y periodísticas con la complicación y perturbación de su funcionamiento...

Tal es la conclusión o la moraleja expresa de *La censura por dentro*. No es una novedad. El interés del libro reside en la posición ocupada por el autor dentro del mecanismo de la censura y en la íntima visión que nos trasmite de cuantos personajes se relacionaron con ella. A todos trata don Celedonio con mucho afecto, pero este afecto no le ha impedido verlos como eran y como actuaron a su vista sobre la vida pública española. De Primo de Rivera nos cuenta la ingenua egolatría, el orgullo mesiánico, la susceptibilidad ante las expansiones de confianza que él mismo solía provocar en los demás. A él, al señor de la Iglesia, recibíalo con frecuencia en su cuarto, mientras se vestía o se desnudaba sin ningún melindre.

Estaba impregnado—dice—de tal superioridad y despreocupación de mi persona que a mí me rebajaba y humillaba, imprimiéndome un sello de insignificancia, ya que no de servidumbre.

Refiere asimismo el libro cómo escribía el General sus célebres